



El mal imperfecto

Héctor Schmucler

*Nos abandonan lentamente las sombras
a las que ya no invocamos, y nos asustaría su retorno*
Anna Ajmátova

El tatuaje del número en el brazo, en el caso de los gitanos, iba precedido de una Z. Al de los judíos lo antecedía una A, si bien con el tiempo fue sustituida por una B. Los hombres eran tatuados en la parte externa del brazo. Las mujeres, en la interna. A partir de 1942, en Auschwitz y los Lager que dependían de él (unos cuarenta hacia 1944) el número de matrícula no sólo se cosía en la ropa sino que se inscribía -para siempre- en el antebrazo izquierdo. "La violencia del tatuaje era gratuita -dice Primo Levi-, era un fin en sí misma [...] un mensaje no verbal, para que el inocente sintiese escrita su condena sobre la carne"¹. Cuarenta años después de haber sido *marcado* en el campo de concentración, y ya la muerte voluntaria esperándolo, Primo Levi escribe: "Muchas veces los jóvenes me preguntan por qué no me lo borro, y es una cosa que me crispa: ¿por qué iba a borraré? No somos muchos en el mundo los que somos portadores de tal testimonio".

En la Argentina, los prisioneros alojados en los centros de reclusión ilegales, mientras vivían, perdían su nombre y se los reconocía por un número. "Desde la llegada a la cuadra en La Perla, a los pabellones en Campo de Mayo, a la 'capucha' en la Escuela de Mecánica de la Armada, a las celdas en el Atlético, el secuestrado debía responder a un número. Los números -dice Pilar Calveiro- reemplazan nombres y apellidos, personas vivientes que ya

habían *desaparecido* del mundo de los vivos y ahora *desaparecían* desde dentro de sí mismos, en un proceso de 'vaciamiento', que pretendía no dejar la menor huella"². Los sobrevivientes argentinos guardan una prueba menos: su piel no ostenta ninguna señal de un orden clasificatorio.

Tener inscripto en el cuerpo el documento de una verdad que resiste cualquier descripción, "ser portador" de tal testimonio, otorga a la materialidad de ese cuerpo un destino a la vez frágil e irrenunciable: lo hace receptáculo endeble de una carga no medible ni buscada y lo erige en memoria, es decir, en presencia que hace posible que el mundo continúe. Porque la existencia depende de esos "no muchos" cuerpos que se extinguirán naturalmente en un tiempo próximo.

Nada más importante, si se piensa en sostener el mundo, que lograr su permanencia como memoria. Cuerpos que habían sido convocados a la muerte y que sobrevivieron para mostrar un número, una marca insignificante desde la cual puede reconstruirse un horror sin bordes. Al desdibujar su propia presencia como testigo ("somos portadores"), Primo Levi sugiere que no es a él, por el hecho de "haber visto", a quien debe creerse. El testimonio es la piel marcada. Ser sobreviviente es haber llegado sólo hasta una puerta cuyo paso hubiera anulado esa condición: serían muertos. Los muertos -por haber muerto- no son más o menos dignos que los sobrevivientes. Tienen, sí, un lugar único: en ellos el sistema del horror llega a su cumplimiento. Ellos lo consuman con su propia muerte. En cambio los sobrevivientes, en el caso de la historia alemana del nazismo, son el resultado de una inconsecuencia, del fracaso de una máquina concebida para el aniquilamiento, construida para que la nada sea factible. La imperfección hace posible la memoria: la marca no querida de la que el cuerpo del sobreviviente es custodio.

Los judíos, el más numeroso grupo de sobrevivientes tatuados en los campos, eran ya, sustancialmente, herederos de una marca hecha sobre su cuerpo. Pero la circuncisión, signo de identidad y de fidelidad incesante, es una inscripción voluntaria, repetida necesariamente para que la memoria acontezca: "Esta es mi alianza que habéis de guardar entre yo y vosotros - también tu posteridad-: Todos vuestros varones serán circuncidados. /Os circuncidaréis la carne del prepucio, y eso será la señal de la alianza entre yo y vosotros/ ... / de modo que mi alianza está en vuestra carne como alianza

eterna" (Gén. 17: 10-11,13). La ablación producida en el circunciso no importa por la alteración física que produce en quienes se someten a ella, ni por la función indicadora de un origen. Es el acto que consagra la pertenencia a algo, el reconocimiento de una promesa que abre, cada vez, una nueva posibilidad. La alianza con Abraham -si bien se mira- incorpora a los hombres en la responsabilidad de mantener el mundo, después de la unilateral alianza establecida por Dios tras el Diluvio: "Pongo mi arco en las nubes, y servirá de señal de la alianza entre yo y la tierra [...] y me acordaré de la alianza que media entre yo y vosotros y toda alma viviente, toda carne, y no habrá más aguas diluviales para exterminar toda carne" (Gén. 9: 13,15). La mitología bíblica destaca la decisión fundante del mundo, que se volverá exigencia para los hombres: "No matarás". Cualquier legitimación de matar puede iniciar el camino que lleve a "exterminar toda carne". El genocidio, la deliberada voluntad de eliminar *toda carne* de un grupo determinado, es el escándalo primordial: niega la existencia del mundo.

Los sobrevivientes son testimonios mudos de una imperfección del mal. Son, sin embargo, los que supieron que el mal existía. La impiedad que los alcanza no es mensurable: ninguna cruz pesa sobre sus hombros; son ellos mismos los rostros de los otros, de los que no sobrevivieron, los que se perdieron en la arrasante igualdad de la muerte impuesta. Los genocidios no cuentan por el número de muertes que provocaron; lo que han hecho es volver más opaca la vida de los vivos. No siempre resulta tolerable el haber sido testigo, haber visto la iniquidad multiplicada. El suicidio suele ser el gesto derrotado con el que se pretende borrar la persistencia de una visión insoportable: la repetición cotidiana del abismo. No deja de sorprender que podamos reconocer la multiplicación de la crueldad y que, sin embargo, la existencia continúe. Las metáforas que llamamos *bien* y *mal* sólo perduran en narraciones que se diluirían en la nada -no existiríamos- si dejaran de sustentarse en algo trascendente donde el sentido pueda anclarse. A ese *tremendo misterio* que admite que la vida sea posible, que el amor persista, solemos llamarlo Dios. Si el amor se ahueca, si desaparece esa fuerza primordial sin la cual los elementos se dispersan, regresa el caos, regresa la confusión a un lugar -pura ausencia- donde la vida no es imaginable. La voluntad genocida intenta ir aún más allá: antes del caos, antes de la idea sobre

la posibilidad de algo primero. En un salto vertiginosos, la voluntad genocida niega cualquier forma de eternidad.

Si el caos no es pensable, el absurdo -límite de cualquier razón- es un puro producto del pensamiento. No hay palabra para nombrarlo salvo la propia enunciación de sí mismo, puesto que se produce al margen de cualquier sucesión lógica. En eso, justamente, se afirma su irrecuperable transgresión: *es* algo cuando todo indica que no debería ser. El *logos* queda desalojado. Cuando se habla de "violencia absurda" (los campos de concentración alemanes, las "purgas" soviéticas contra enemigos imaginarios, la desaparición que cubrió con fantasmas la Argentina), se paraliza el pensamiento, el espíritu naufraga. La controvertida expresión de Adorno sobre la imposibilidad de la poesía después de Auschwitz³ alude al absurdo de cualquier expresión que se crea ingenua. No indica que la condición creadora de los hombres haya cesado sino que habiendo ocurrido Auschwitz, todo -quierase o no, concientemente o no- llevará su recuerdo: ya no habrá inocencia para la poesía. "Después de Auschwitz -expresa Primo Levi reformulando a Adorno-, no se puede escribir más poesía, salvo sobre Auschwitz". Al describir los hechos como absurdos se deslegitima cualquier sanción sobre los mismos, se establece una coartada que libera de la obligante responsabilidad de pensar en ellos. Aceptar la vida como una narración inverosímil instala en la locura, en la inhumana distancia del no-ser. Vivimos porque algún orden, por precario que sea, afirma el misterio del ser.

El mal, sustantivado en la Argentina en nuestros cuerpos desaparecidos, no es absurdo. Aunque inabarcable, la pregunta sobre el por qué de la existencia del mal ha producido una cantidad considerable de respuestas mítico-teológicas que aspiran a dar cuenta de su presencia. Que el mal exista puede resultar tan desconcertante como la existencia del bien. ¿Por qué el mal si se acepta una divinidad que es *sumo bien*? ¿Por qué si no se la acepta? El mal se vuelve para los humanos una pregunta tan inaceptable como urgente. Declararla absurda es una manera de sacárnosla de encima y puede llegar a ser tranquilizante. Tanto como decidir que el bien y el mal nos penetran azarosamente desde una absoluta ajenidad. La condición trágica del hombre, justamente, radica en que el bien y el mal son fuerzas ajenas a su creación y que, sin embargo, él es responsable de su existencia: aunque las precedan, el bien y el mal sólo existen

después de las acciones humanas. Hans Jonas, que en la línea del pensamiento cabalístico de Isaac Luria ha elaborado una reflexión teológica procurando entender por qué Dios *no puede* evitar el mal sobre la tierra, cita el *Diario* de una joven judía holandesa que murió en Auschwitz en 1943⁴: "Intentaré ayudarte, Dios mío, a detener la declinación de mis fuerzas aunque no puedo asegurarte que lo logre. Pero una cosa se vuelve a mis ojos cada vez más clara: Tú no puedes ayudarnos, nosotros debemos ayudarte a ayudarnos. Lamentablemente no parece que Tú puedas accionar sobre las circunstancias que nos rodean ni sobre nuestras vidas. Tampoco pienso que Tú eres responsable de lo que ocurre. No nos puedes ayudar, sino que nosotros te debemos ayudar, debemos defender tu lugar en nosotros hasta el fin". La idea de que Dios depende de los hombres, de que su palabra depende de nuestra respuesta, coloca sobre los seres humanos, en el mito narrado por Hans Jonas, toda la responsabilidad de la existencia del mundo, incluida la de Dios como origen de ese mundo.

Ningún acto es sin consecuencia. Pero la presencia del mal admite gradaciones. Aunque la naturaleza del mal sea la misma, la magnitud y la forma que adquiere, las circunstancias en las que se ejerce, le otorgan significaciones diferentes ante los ojos humanos⁵. La medida del mal es paralela al grado de destrucción de la humanidad que se ejerce sobre la víctima y que, en la misma proporción, afecta al victimario: "Si el culpable merece azote, el juez le hará echarse en tierra en su presencia y hará que le azoten con un número de golpes proporcionados a su culpa./ Podrá inflingirle cuarenta azotes, pero no más, no sea que al golpearle más sea excesivo el castigo, y tu hermano quede envilecido a tus ojos" (Dt., 25:2-3). Cuando se habla de la *unicidad* de la *Shoa* se está diciendo que el esfuerzo realizado para eliminar a todo un pueblo y la convicción que animó al nacionalsocialismo alemán para llevarlo a cabo, no tiene precedentes en la historia. Para poder nombrar el genocidio fue necesaria la muerte calculada y organizada de más de cinco millones de judíos. La palabra "genocidio" comenzó a designar el "crimen deliberado para destruir, en guerra o durante la paz, a grupos nacionales, raciales, religiosos u étnicos" el 9 de diciembre de 1946 por una resolución de la Asamblea de las Naciones Unidas. Hasta entonces el término no existía. Luego se supo que ese era el nombre de la destrucción de armenios por parte

del Estado turco entre 1916 y 1920; que era "genocidio" el intento de erradicar a los gitanos por parte del Estado alemán. A la crueldad que acompaña la historia de los seres humanos se le agregaba una precisión que destacaba un desorden supremo.

Con todo, gracias a la imperfección del mal algunos hemos sobrevivido. Cuando la biografía personal y la historia evocada se entrecruzan, uno no puede dejar de sentir el escalofriante recuerdo de haber estado condenado a desaparecer junto con sus padres, sus hijos, sus hermanos, con todos lo que debían seguirlo y todos los que lo habían precedido. Hay un estremecimiento que comparten los destinados a ser víctimas, que nada tiene que ver con ser mejor o peor que los otros y que acompaña al sentimiento de haber estado, alguna vez, solo en el mundo porque la humanidad había claudicado. Sin embargo, el mal imperfecto no es únicamente un error de cálculo. Expresa, más bien, la presencia del amor por el cual la existencia es posible, ese "amor che muove il sole e l'altre stelle", divisado por Dante después de haber conocido todos los infiernos. Las marcas que atraviesan a los sobrevivientes los transforman en testigos del espanto y ese privilegio no los libera de la inagotable culpa de haber tenido suerte. Pero que existan las marcas también es testimonio de un inexplicable agradecimiento.

Notas

¹ Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*, Muchnik, Barcelona, 1989.

² Agradezco a Pilar Calveiro haberme permitido consultar los originales del libro aún inédito *Poder y desaparición*.

³ El escrito de Adorno, de 1949, dice: "Aún la conciencia más radical del desastre corre el riesgo de degenerar en charlatanería. La crítica de la cultura se enfrenta al último grado de la dialéctica entre cultura y barbarie: escribir un poema después de Auschwitz es bárbaro. Este hecho afecta también al conocimiento y explica porqué hoy se ha vuelto imposible escribir poemas".

⁴ Etty Hillesum, *Une vie bouleversée, journal, 1941-1943*, Seuil, Paris, 1985.

⁵ Primo Levi coincide con Ferdinando Camon, quien lo entrevista: "Solzhenitsin es portavoz de quienes experimentaron en carne propia las 'desviaciones' del socialismo, mientras que usted [Primo Levi] es portavoz de quienes experimentaron

en carne propia la 'coherencia' del nazismo. Es decir, en el campo de concentración de Iván Denísovich, entre los detenidos corre una voz de protesta contra los jefes, que a veces llega a pronunciarse más o menos en estos términos: '¡no sois soviéticos! ¡no sois comunistas!'. Pero en el campo de concentración de Primo Levi la acusación no afirma una infidelidad a una idea, sino su plena verificación. Por lo tanto, se trata de una acusación más o menos en los términos: 'Sois perfectamente nazis, sois la encarnación de vuestra idea'" (*Primo Levi en diálogo con Ferdinando Canon*, Anaya y Muchnik, Madrid, 1996).